

Largos años han transcurrido desde entonces sin que haya encontrado motivo de variar de opinión, sino que, por el contrario, leyéndolo nuevamente, me he afirmado en la de que el *Quijote* apócrifo es moral y literariamente insoportable y digno de la mayor censura.

Júzguese, pues, el efecto que me produciría el ver que Menéndez Pelayo, con su alta inteligencia, con su juicio severo, con su depurado buen gusto, estampaba bajo su firma, en el artículo que motiva este trabajo, las frases siguientes: «todavía encuentro en »la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy »estimables que la dan un buen lugar entre las no- »velas de segundo orden que en tan gran copia pro- »dujo el siglo xvii.»—Mi asombro fué grande, pero de corta duración. A renglón seguido asienta el doctísimo polígrafo que *Avellaneda* no tiene comparación con D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, con Alonso de Salas Barbadillo ni con Alonso del Castillo Solórzano; y puesto ya en buen camino dice que es un escritor continuamente sucio y á veces torpe y libidinoso, y luego hace verdadera crítica del autor encubierto en un párrafo que es necesario copiar íntegro para no desvirtuarlo, y para que los lectores puedan saborear sus bellezas y quilatar su mérito.

«...El chiste es grosero, pero abundantísimo y »espontáneo; la fuerza cómica brutal, pero innegable; »el diálogo, aunque atestado de suciedades que levan- »tan el estómago en cada página, es propio y ade- »cuado á los figurones rabelesianos que el novelista

»pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal li- »bro á una categoría inferior, no sólo respecto á la »obra de genio que Avellaneda toscamente profana- »ba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo »que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y »miserable concepto que su autor muestra de la vida, »la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de »todo ideal y de toda elevación estética, el feo y he- »diondo naturalismo en que con delectación se revuel- »ca, la atención predominante que concede á los »aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y »repugnantes del organismo animal. No es un escritor »pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo »ni el temple de su raza, pero es escritor escatológico »y de los peor olientes que pueden encontrarse.»

El párrafo es hermosísimo, de alta crítica y verdad severa. No tiene desperdicio; y al terminar su lectura se ve con satisfacción que Menéndez Pelayo estima en definitiva el *Quijote de Avellaneda* en el mismo ínfimo concepto que antes he manifestado por mi cuenta. Porque no hay manera de concordar ese párrafo con lo de encontrar en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables.

## II

De mucho sirve, para la cuestión que resta por tratar, la apreciación clara del mérito de la obra; y no pueden olvidarse los calificativos que ha merecido al ocuparse de conjeturar su autor.

¡Lope de Vega! ¡Tirso de Molina! ¡D Juan Ruiz de Alarcón! ¡Bartolomé Leonardo y Argensola! No cabe en lo posible, dentro de nuestra república literaria, buscar padres de más alta alcurnia á ese hijo abandonado que anda por el mundo hace dos siglos y medio sin haber encontrado quien quiera reconocerle, ni á quien poder atribuirlo con alguna probabilidad. La misma diversidad de las opiniones manifiesta su inseguridad y poco fundamento; más que sustentar tesis probables, convicciones arraigadas, parece que ha guiado á los mantenedores de tan incalificables juicios el deseo de notoriedad, el afán de ostentar erudición y de hacer ruido.

Sin embargo, y para que desde luego se rechacen y pongan en olvido esos cuatro escritores de primer orden, á quienes se ha querido atribuir la mala obra de tan ruin concepción con mengua de su fama, creo que basta con lo que hasta aquí va expuesto. No pueden aplicarse, ni aun remotamente, á Lope, ni á Ruiz de Alarcón, á Tirso ni á Argensola, los calificativos que con tanta justicia aplica Menéndez Pelayo al autor del falso *Quijote*. Sin entrar en el molesto é inútil examen de las débiles pruebas é imperceptibles analogías que se aducen, basta y sobra con saber que aquel libro *carece de todo ideal, que su autor se revuelca en feo y hediondo naturalismo*, para poder asegurar sin temor de equivocarse que no ha de ser de ninguno de aquellos preclaros ingenios.

Bajo ningún concepto se encontrará fundado motivo para atribuir á los tres colosos de nuestro teatro,

ni al pulcro Rector de Villahermosa, la obra que procede de un escritor *escatológico y de los peor olientes*. Al pronunciar cualquiera de aquellos nombres ilustres, se recordarán escenas interesantes, amores novelescos, cuentos amenos, regocijados y aún episodios picarescos y hasta un tanto libres; pero nada que toque en repulsivo, en deshonesto, en obsceno, como el capítulo en que describe Avellaneda la entrada del soldado flamenco en el aposento de la señora enferma, al fin de la novela de *El rico desesperado* (1), ó de aquellos diálogos en que Bárbara manifiesta á Sancho sus malos deseos, solicitándolo en términos que no serían tolerables ni aún en los más miserables tugurios (2).

Las conjeturas referentes á esos cuatro ingenios no resisten el análisis, ni tienen fundamento alguno.

Al examinar por vez primera D. Juan A. Ceán Bermúdez los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, en que constan detalladamente los sucesos de *Cervantes* en Argel, concibió la sospecha de que Juan Blanco de Paz, que se decía fraile dominico y comisario del Santo Oficio, sin ser quizá ni una cosa ni otra, así como había sido enemigo de *Cervantes* en su cautiverio, tomando aquellos títulos para perjudicarle más á mansalva, hubiera continuado siéndolo en España y hubiera escrito el *Quijote* falso, dándolo á luz con nombre supuesto. La sospecha no pareció

(1) Quinta parte... Cap. XV.

(2) Idem.—Cap. XXVI y XXVIII.

fundada por entonces; pero la acogió después D. Nicolás Díaz de Benjumea tratando de robustecerla con otras inducciones, aunque muy luego la abandonó también, dando como nueva conjetura la de que fuera el encubierto Avellaneda el dominico Fray Andrés Pérez, designado por *Cervantes* en el *Viaje del Parnaso* como

el autor de *La Pícaro Justina*,  
capellán lego del contrario bando,

que también publicó esta novela ocultando su nombre tras el de *Francisco López de Ubeda*, que tiene cierta desinencia parecida con *Alfonso Fernández de Avellaneda*. Mas como no es posible encontrar dos escritores de condiciones tan diametralmente opuestas, de estilos tan diferentes, la conjetura no alcanzó importancia alguna.

Sir H. Rawdon Brown, al ocuparse de ciertas alusiones políticas que parece comunicaron á la Señoría de Venecia sus embajadores al tiempo de la publicación del *Quijote*, manifestó su creencia (1), de que bajo el nombre de Avellaneda se había ocultado el libelista Gaspar Schoppe. Dice el autor inglés, que viniendo á España aquel desenfadado escritor con intento de hacer imprimir varios de sus opúsculos

(1) *Miguel de Cervantes of Alcalá de Henares, and Carlo Emanuele of Savoy, and his ass-colts.* — *The Athenæum*, núm. 2372, Abril 12, 1873.

satíricos, y especialmente un comentario al llamado *Eclesiasticus*, que no le permitieron publicar en Holanda, escribió el falso *Quijote* para captarse la voluntad del Duque de Lerma, que estaba ofendido de *Cervantes* porque, en la primera parte de su *Ingenioso hidalgo*, había criticado los ruines procedimientos que el Ministro y su Secretario D. Pedro Franqueza habían usado con el Príncipe Filiberto de Saboya cuando fué llamado á España por la eventualidad de que pudiera recaer en él la sucesión al trono, antes del nacimiento de Felipe IV. Tal conjetura podrá parecer ingeniosa, pero se presenta absolutamente destituida de fundamento, porque en ninguna de las comunicaciones de Sir John Digby, ni en los despachos de Morosini que cita Sir H. Rawdon Brown, se menciona para nada directa ni indirectamente el *Quijote* de *Miguel de Cervantes*, ni se relaciona á Gaspar Schoppe con el *Quijote falso*, ni con el verdadero.

Ninguna de esas suposiciones puede admitirse; carecen de base sólida y no convencen. Son cuando más, como antes decía, alardes de erudición, galas de ingenio, pretextos para llamar la atención con rasgos de cierta novedad, tan inesperados como sutiles.

Y colocadas en el lugar que les corresponde todas las conjeturas divulgadas hasta ahora, quedamos frente á frente con las dos que tienen mayores apariencias y son causa y objeto de este artículo.

ALFONSO LAMBERTO.—FRAY LUIS DE ALIAGA

En la interesante *Vida de Miguel de Cervantes*, que escribió D. Juan Antonio Pellicer, da noticia de cierto códice que en su tiempo se guardaba en la librería de la Excma. Sra. Condesa viuda de Fernán Núñez, que contenía las sentencias pronunciadas en dos certámenes celebrados en Zaragoza en el año de 1614. En ambos figuró entre los concurrentes un poeta que se denomina *Alfonso Lamberto*, y en las sentencias también hay dos en que se designa con el nombre de *Sancho Panza* al poeta contra quien se dictaron. ¿Era este poeta el *Alfonso Lamberto*? Esto no se sabe de modo alguno, y por eso Pellicer se abstuvo, sin duda, de hacer indicación directa ó indirecta en este sentido.

El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera en las *Notas* á sus *Nuevas investigaciones sobre la vida y las obras de Cervantes*, publicada en la hermosa edición de las *Obras completas* hecha por D. Manuel Rivadeneyra en 1863, después de examinar otras conjeturas y al llegar á las pruebas anagramáticas, señalaba muchas letras comunes en Alisolán y Aliaga, y al concluir añadía, recordando, sin duda, la indicación de Pellicer: «Y no deja de llamar así bien nuestra atención el »Alfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza.»

No debe olvidarse, sin embargo, la circunstancia de que las sentencias del certamen se escribieron en el año 1614, cuando ya hacía nueve que circulaba por

España la Primera Parte de *El Ingenioso hidalgo de Cervantes* y pudo haberse aplicado á muchas personas y por diversos motivos, por mote el nombre del popular escudero. Pero es de observar que en la segunda sentencia se dice:

*Al blanco de la ganancia,*  
Dice con poca elegancia  
Que la ignorancia descubre  
*Sancho Panza*, y él encubre  
La fuerza de su ignorancia,

y como en el primer verso se alude sin duda alguna y con sus mismas palabras á otras del Prólogo del supuesto *Avellaneda*, parece que éste debió ser el censurado.

Con tanta inseguridad se había indicado esta sospecha, que ahora encuentra nuevo y poderoso mantenedor en D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Desde los primeros años del presente siglo y en la ciudad de Cádiz, que entonces hervía en literatos y polemistas llevados allí por los sucesos políticos y donde se proclamaron todos los principios y se agitaron todas las cuestiones, empezó á circular la idea de que el *Segundo tomo del Quijote* publicado por *Alonso Fernández de Avellaneda*, había sido escrito por *Fray Luis de Aliaga*; que el enemigo de *Cervantes*, causante de sus *mal logradas esperanzas*, había sido el confesor de Felipe tercero. El rumor fué to-